

NIKOLÁI GÓGOL

**PASAJES ESCOGIDOS DE
LA CORRESPONDENCIA
CON LOS AMIGOS**

Traducción de
FREDERIC GUERRERO-SOLÉ

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2013

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Traducción de Frederic Guerrero-Solé sobre el original ruso

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2013
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1828-1
Depósito legal: S. 73-2013
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

<i>Presentación: Gógol y la máscara de la verdad, de Frederic Guerrero-Solé</i>	7
Prefacio	13
I. Testamento	17
II. La mujer en la sociedad	25
III. El significado de la enfermedad	31
IV. Sobre la palabra	33
V. La lectura en público de los poetas rusos	39
VI. La ayuda a los más necesitados	43
VII. <i>La Odisea</i> traducida por Zhukovski	47
VIII. Algunas palabras sobre la Iglesia y la clerecía ...	59
IX. Sobre lo mismo	63
X. El lirismo de nuestros poetas	67
XI. Discusiones	85
XII. El cristiano avanza	89
XIII. Karamzin	93
XIV. Sobre el teatro, sobre una mirada tendenciosa al teatro y sobre la tendenciosidad en general	95
XV. Temas para los poetas líricos de nuestro tiempo ..	109
XVI. Consejos	115
XVII. La ilustración	117
XVIII. Cuatro cartas a diversas personas a propósito de <i>Almas muertas</i>	123
XIX. Hay que amar a Rusia	141
XX. Hay que viajar por Rusia	143

XXI. Qué es la mujer de un gobernador	153
XXII. El terrateniente ruso	169
XXIII. El pintor histórico Ivanov	179
XXIV. Qué puede hacer una esposa para su marido en la simple vida doméstica, en el actual esta- do de las cosas en Rusia	191
XXV. El tribunal rural y la ley	197
XXVI. Los temores y los horrores de Rusia	199
XXVII. A un amigo miope	205
XXVIII. A alguien que ocupa un cargo importante ...	209
XXIX. Cuál es el destino más alto en la tierra	233
XXX. Palabras de despedida	235
XXXI. Cuál es, en definitiva, la esencia de la poesía rusa y cuál su particularidad	237
XXXII. Domingo de Resurrección	293

PRESENTACIÓN

GÓGOL Y LA MÁSCARA DE LA VERDAD

Frederic Guerrero-Solé

Nikolái Gógol, nacido en Ucrania en 1809, está considerado el primer gran narrador ruso y una de las figuras más relevantes de la literatura rusa del siglo XIX. Pasó su infancia en un ambiente rural y tradicional, alejado de las grandes ciudades rusas, que en aquella época vivieron acontecimientos como la invasión napoleónica o la revuelta frustrada de los decembristas en 1825. Sin embargo, a los diecinueve años Gógol se traslada a la fría y burocrática capital del imperio ruso, San Petersburgo, donde entablará amistad con el poeta ruso más grande de todos los tiempos, Aleksandr Pushkin. Precisamente será éste quien le inspirará, según confesó el propio Gógol, una buena parte de sus obras. En San Petersburgo, Gógol dará comienzo a su obra maestra, *Almas muertas*, ejemplo de su estilo realista, satírico y mordaz. Tardó siete años en escribirla; finalmente logró publicarla en 1842, tras superar los obstáculos de la censura. Esta es, sin lugar a dudas, la mejor de sus obras, y también la única de la que el escritor quedó satisfecho. Debemos recordar que escribió una segunda parte de *Almas muertas*, pero, descontento del resultado, quemó en varias ocasiones el manuscrito. Más allá de *Almas muertas*, las narraciones de Gógol son un retrato de San Petersburgo, una ciudad que, como el resto de la realidad que le rodea, no es lo que parece; de ahí que el escritor lo convierta en una especie de aparición fantasmagórica. A través de sus obras, pues, el autor quiere abrir los ojos a los lectores para que éstos descubran la máscara de falsedad con la que se cubre la realidad rusa y, quizá,

toda la realidad construida por el hombre. El San Petersburgo de Gógol no es una capital imperial repleta de grandes personajes e historias, sino una ciudad gris, deshumanizada, hostil, poblada de funcionarios pequeños y vulgares con una historia igual de gris y deshumanizada. Ejemplo de ello es una de sus mejores narraciones, *El capote*, la historia de la humillación y muerte de un miserable funcionario peterburgués.

Sin embargo, muy poco de lo que se puede decir de la obra de Gógol sirve para hablar del libro que el lector tiene en sus manos. Porque *Pasajes escogidos de la correspondencia con los amigos* no es una obra de ficción en la cual, por medio de la sátira, el autor pretenda desenmascarar la falsedad de la realidad, sino que constituye la realidad misma. Y no es sólo la realidad la que queda al descubierto, sino sobre todo el propio autor. A través de estos pasajes de su correspondencia, podemos descubrir al auténtico Gógol. Un hombre enfermo, atormentado, insatisfecho con todo o con prácticamente todo lo que ha hecho, y temeroso de no haber sabido transmitir a los lectores el mensaje que se encontraba detrás de sus obras. Esta incompreensión, además, le turba de tal manera que hubiera preferido no escribir absolutamente ni una de las palabras de sus obras, para evitar así ser malinterpretado y hacer, no el bien al que él aspiraba, sino el más profundo de los males.

Esta *Correspondencia con los amigos* es el testamento en vida de un autor que ya se ve a sí mismo como un alma muerta, ofreciendo una reflexión sobre los grandes temas que le inquietan y que no le dejan ni vivir ni morir en paz. Aquí encontramos, además, las profundas convicciones y reflexiones religiosas de Gógol, junto con su deseo de realizar un último viaje en vida a Tierra Santa. Gógol aparece como un hombre generoso, entregado a la causa de la cristianización; ésta debe ser, junto con el amor a la patria, el fundamento para el restablecimiento moral de Rusia y una garantía para el futuro del país. En este sentido, Gógol da todo tipo de consejos: a las mujeres de los gobernadores, a los tribunales, a amigos, a altos funcionarios, a todo aquel que tenga una responsabilidad que le obligue a actuar con moralidad y a servir de ejemplo para todos. Como

ocurre con el resto de los escritores rusos, Gógol no se ve a sí mismo como un simple literato, sino como un guía espiritual del pueblo, alguien que tiene como misión mostrar la verdad y preservar la moral. Es una tradición que recorre toda la literatura rusa desde el siglo XVIII hasta la actualidad, y que tiene a Lev Tolstoi como uno de sus grandes exponentes.

En definitiva, *Pasajes escogidos de la correspondencia con los amigos* es una obra indispensable para conocer el interior de uno de los mayores genios creativos de la literatura rusa de todos los tiempos, un autor que retrató la mediocridad y la vulgaridad de la existencia y que, enfermo y moribundo, vio en la religión y la rectitud moral las únicas vías para evitar que su país, Rusia, se desmoronara y acabara rindiéndose a la frivolidad, la trivialidad y la vulgaridad. Gógol descubre la realidad que el hombre pretende esconder tras una máscara. En estos *Pasajes escogidos* es el propio autor quien se quita la máscara para que su mensaje esté libre de ambigüedades e interpretaciones. El precio, eso sí, es la poesía... Pero nos queda la verdad. Quizá el punto medio lo encontremos en sus brillantes reflexiones literarias, como la carta dedicada a *La Odisea* de Zhukovski y lo que representará para los lectores y los escritores rusos. Nos encontramos, pues, ante un autor dual, una personalidad que escenifica en sí misma el duro combate entre el compromiso con la realidad, con su país, con su gente, y el amor por el arte y la literatura. Con esta obra, Gógol se despide de nosotros, si acaso es cierto que aquel día de 1852, en el que sus compatriotas le dieron sepultura en Moscú, su corazón dejó *de verdad* de latir...

PREFACIO

He estado gravemente enfermo; he visto cómo la muerte se acercaba. Tras reunir las pocas fuerzas que me quedaban, y aprovechando el primer momento de plena lucidez mental, he escrito un testamento espiritual en el que, entre otras cosas, encomiendo a mis amigos publicar después de mi muerte algunas de mis cartas. Con esto me gustaría al menos expiar la inutilidad de todo lo que he publicado hasta hoy, porque en mis cartas, según reconocen aquellos para quienes fueron escritas, se encuentran cosas más necesarias para el ser humano que en mis obras. La divina clemencia de Dios ha alejado de mí la mano de la muerte. Me he recuperado casi completamente; me encuentro mucho mejor. Pero sintiendo la debilidad de mis fuerzas, que me anuncia a cada momento que mi vida pende de un hilo, y preparándome para un largo viaje hacia los Sagrados Lugares, necesario para mi alma, durante el cual todo puede suceder, he querido dejar como despedida algo de mí a mis compatriotas.

Yo mismo he escogido de mis últimas cartas, que he conseguido recuperar, todo lo que tiene mayor relación con las cuestiones que ocupan actualmente a la sociedad, dejando a un lado todo lo que puede cobrar sentido sólo después de mi muerte, y excluyendo aquello que pueda tener importancia sólo para unos pocos. Añado dos o tres artículos sobre literatura y, finalmente, incluyo el testamento mismo, para que en caso de que llegue mi muerte, si es que ésta me sorprende de viaje, tenga inmediatamente valor legal atestiguado por todos mis lectores.

Mi corazón me dice que mi libro es necesario y que puede ser de utilidad. No es que lo crea porque tenga una alta opinión de mí mismo y confíe en mi capacidad de ser útil, sino porque nunca hasta hoy había sentido un deseo tan intenso de ser útil. A veces ya es suficiente con tender la mano para ayudar; pero no somos nosotros los que ayudamos, sino Dios, que otorga fuerza a la palabra débil. Así pues, por muy insignificante y fútil que sea mi libro, me permito publicarlo y pido a mis compatriotas que lo lean varias veces; así mismo, pido a los más acaudalados entre ellos que compren varios ejemplares y que los distribuyan entre aquellos que no puedan hacerlo, y ya les digo por adelantado que, en este caso, todo el dinero que supere los gastos del viaje que me queda por delante se dedicarán, por una parte, al sustento de aquellos que, como yo, sientan la necesidad interior de irse la próxima Cuaresma a Tierra Santa y no tengan la oportunidad de hacerlo con sus propios medios; y por otra, a ayudar a aquellos que ya están en marcha y con los que me encontraré por el camino, que rezarán ante el Santo Sepulcro por mis lectores, sus benefactores.

Querría acometer mi viaje como un buen cristiano. Por eso pido aquí perdón a aquellos compatriotas a los que haya podido ofender. Soy consciente de que con mis obras insensatas e inmaduras he causado un gran dolor a muchos, a otros incluso les he dado razones para odiarme y en general he disgustado a mucha gente. Lo único que puedo alegar para justificarme es que mi intención era buena y que no he querido ni ofender ni dar pie a que nadie se vuelva en mi contra; mi falta de sentido común, mi ímpetu y mi precipitación han sido los únicos culpables de que mis obras aparezcan con una forma tan imperfecta y hayan inducido al error a casi todo el mundo respecto a su verdadero significado; pido que se me perdone con la magnanimidad con la que sólo un alma rusa es capaz de perdonar, por todo lo deliberadamente ofensivo que se encuentra en ellas.

Pido perdón también a aquellos con los que, por un tiempo largo o breve, he tenido la ocasión de tratar el camino de la vida. Sé que he causado descontento en mucha gente, a algunos es posible que incluso de forma deliberada. En general, en mi relación con las personas siempre ha habido muchas cosas desagradables y repelentes. En parte, porque he evitado los encuentros y las amistades, ya que sentía que aún no podía pronunciar una palabra inteligente y necesaria a nadie (no me apetecía pronunciar palabras vacías e inútiles), y al mismo tiempo estaba convencido de que a causa de mis innumerables defectos me era imprescindible imponerme, siquiera un poco, cierta distancia con la gente. Y en parte también ha sido el resultado de un mezquino amor propio que distingue sólo a aquellos de nosotros que desde el fango se han abierto paso entre la gente y se creen con derecho a mirar a los demás por encima del hombro. Sea lo que fuere, pido perdón por todas las ofensas personales que haya podido ocasionar a quien sea, empezando desde los tiempos de mi infancia hasta este mismo momento.

Pido asimismo perdón a mis colegas escritores por cada uno de mis desaires e irreverencias, hechos consciente o inconscientemente; a quien por algún motivo le resulte difícil perdonarme, le recuerdo que es un cristiano. Como un penitente que se dispone a rendir su confesión a Dios, pedirá perdón a su hermano, como yo se lo pido a él, pues no puede tener la osadía de no perdonarme.

Por último, pido perdón a mis lectores, por si también en este mismo libro hay algo desagradable y ofensivo para alguno de ellos. Les pido que no alimenten el resentimiento contra mí, sino que en lugar de ello expongan con generosidad todos los defectos que puedan encontrar en este libro, tanto los del escritor como los del ser humano: mi insensatez, mi necesidad, mi autosuficiencia, esta somera confianza en mí mismo; en una palabra, todo aquello que acostumbran a tener todas las personas, aunque no lo vean, y que sin duda se encuentra aún en mayor medida en mí.

En conclusión, pido a todos los rusos que recen por mí, empezando por los prelados, cuya vida es ya una plegaria. Pido plegarias también tanto a aquellos que por humildad no creen en la fuerza de sus plegarias, como a los que no creen para nada en las plegarias e incluso no las consideran necesarias: pero por muy pusilánimes y estériles que sean sus plegarias, les pido que recen por mí con la pusilanimidad y la esterilidad de su plegaria. Yo, por mi parte, voy a rezar ante el Sepulcro del Señor por todos mis compatriotas, sin exceptuar a uno solo de ellos; mi plegaria será igualmente pusilánime y estéril, si la santa misericordia de Dios no la convierte en lo que nuestra plegaria debe ser.

Junio de 1846